

Sobre la nomenclatura callejera que tanto se ha comentado, hay un detalle que llama mucho la atención y que data del triunfo de la GLORIOSA o revolución que precedió a la primera República. Me lo hace recordar lo mucho que se habla de la Constitución actual.

De aquella época quedan en Alcázar varias calles aunque más numerosas en el barrio de aquí arriba, la de la Victoria, la del Barco, Progreso, la de la Marina, Moral, etc., productos del sentir republicano alcazareño, como Méndez Núñez, Ramón Chies, etc.

Ahora que tantas vueltas se le da a la Constitución y con perceptible inseguridad o dudas íntimas, no he visto que nadie recuerde que durante muchos años, la mayoría de las plazas españolas, y por descontado la de Alcázar, se llamaron de la Constitución y cuando se hablaba de las plazas de una ciudad y surgían dudas, no faltaba quien aclarara que se trataba de la principal, de la mayor, la de la Constitución.

La gente se había acostumbrado a eso y lo seguía tal vez sin la menor idea de su significado porque para la mayoría la plaza lo era sin apelativos, la plaza donde se compra y se vende y se sabe lo que anda, la plaza, plaza, la que no necesita aclaraciones y se le dice la Mayor o de la Constitución porque es la ley de todos y para todos como las leyes propias del mercado que no necesitan imposiciones sino que la abundancia abarata el producto y la escasez lo encarece y no hay más tío pásame usted el río y que la calidad se revaloriza sola.

Arrollado aquello por el vendaval de la guerra, se podrá o nó volver a consignar el nombre de la Constitución, pero siendo el código de todos, el eje alrededor del cual gira la rueda de los caballitos, lo que no se podrá hacer es ponerlo a un lado ni llevarlo a las afueras como la plaza de los toros, para abrirla cuando convenga y que no estorbe el resto del tiempo, eso no, porque las Constituciones son para tenerlas siempre a la mano y acomodar a ellas nuestras vidas y debe de estar en la plaza como el cuarto del peso o el fiel contraste.

SUCEDIDOS

Había un vecino que le gustaba jugar a las cartas. Se iba a media tarde y volvía a las tres de la mañana y le decía la mujer:

— ¡Vaya hombre qué horas traes!

Y le contestaba, no te quejes que yo sé de algunos que después de cenar salen un rato y yo ahora ceno y me acuesto.

En una de las trifulcas de Heliodoro y Sergio quiso mediar un amigo y le contestó:

— Mi hermano y yo es imposible que nos llevemos bien porque yo soy la tésis y él es la antitésis.